

Diferencia, sociedad y conflicto

Resumen:

La primera condición para que exista una guerra es que existan grupos organizados que la lleven a cabo. Sin grupos humanos la guerra no puede existir. La diferencia permite la construcción de estos grupos. Etnia, lengua, religión y cultura son elementos que sirven a ello en tanto que constructores de una identidad. Las grandes guerras no se hacen sobre grandes diferencias sino sobre diferencias menores que permiten reconocer a los grupos pero que dificultan la alteridad.

Abstract:

The first condition for the existence of a war is that there are organized groups that carry it out. War without human groups cannot exist. The difference allows the construction of these groups. Ethnicity, language, religion and culture are elements that serve to build an identity. The great wars are not made on large differences but on minor differences that allow groups recognize each other but make difficult to understand otherness.

Palabras Clave:

Guerra, identidad, grupos, etnia, lengua, religión cultura.

Keywords:

War, identity groups, cleavages, ethnicity, language, religion, culture.

La diferencia es esencial para el devenir de las cosas. Por ejemplo, el segundo principio de la termodinámica establece que un sistema cerrado, y el universo lo es, evoluciona en el sentido de aumentar su entropía; esto crea una asimetría, una diferencia, y una dirección que señala su sentido, permitiendo distinguir pasado de futuro y estableciendo una base temporal.

La diferencia según el RAE es “aquella cualidad o accidente que hace que una cosa se distinga de la otra”; la diferencia, por definición, rompe con la homogeneidad y genera asimetría, lo que determina que el individuo o grupo de individuos no pueda proyectarse en el otro impidiendo el reconocimiento, la empatía y la alteridad.

“una cierta capacidad de discordia, de divergencia interna y controversia externa se halla orgánicamente vinculada con los mismos elementos que, en última instancia, mantienen unido al grupo...la contradicción y el conflicto no solamente preceden a la unidad, sino que operan en ella en todos los momentos de su existencia” es el “papel positivo e integrador del antagonismo.”

La realidad es que tanto la sociedad global, como la regional o la local, quedan atravesadas por una serie de líneas de fractura (como son, por ejemplo, los mismos Estados), que se conocen en Ciencia Política como cleavages, que contribuyen o favorecen tal posibilidad. Y es que

”Esta relación entre lo común y lo diverso es profundamente inestable y precaria. La radicalización de la diversidad puede llevar en cualquier momento a afirmar lo diverso contra lo común... el antagonismo entre dos existencias diversas es lo que constituye la causa de la guerra.”

En palabras de Mo Ti, “la desunión es maldad y falsedad” o como gráficamente expone un proverbio somalí “yo y Somalia contra el mundo; yo y mi clan contra Somalia; yo y mi familia contra mi clan; yo y mi hermano contra mi familia; yo contra mi hermano”.

Sociedad y Conflicto

La diferencia en tanto que fuente y origen de la asimetría no sólo es causa de los conflictos, sino también un concepto capital en el ámbito operativo al fijar el plano en que se desarrollan y condicionar su evolución desde una perspectiva estratégica y táctica. Como sostiene Carl Schmitt

“no existe un objetivo racional, ni norma tan justa, ni programa tan ejemplar, ni un ideal social tan bello, ni una legalidad o legitimidad alguna que pueda hacer aparecer como algo justo que los hombres se maten entre sí...una guerra no puede fundarse en normas éticas y jurídicas, sino en que se haga contra un enemigo real. Si existen realmente enemigos en el significado existencial del término, aquí señalado, entonces es comprensible, pero sólo políticamente comprensible, que sean eliminados físicamente y combatidos...Todo enturbiamiento de esta categoría de amigo-enemigo se explica únicamente como resultado de haberla confundido con abstracciones o normas de algún tipo.”

Como se ha señalado, la guerra es una función de naturaleza social. Antes de que existiera la sociedad no existía la guerra, pues la guerra es, utilizando las palabras de Bouthoul, “la lucha armada y sangrienta entre agrupaciones organizadas”.

El desarrollo de las estructuras de las sociedades conlleva la aparición de elementos polemológicos por la propia dinámica de los grupos. Chakrabartri considera que “las ideas de unidad y diferenciación, inclusión y exclusión, proporcionan una base para interpretar la identidad colectiva y las fronteras de un sistema, así como el significado de las relaciones sistémicas.” En esta línea Gellner señala que dos hombres son de la misma nación si se reconocen de la misma nación; en otras palabras, son las naciones las que hacen al hombre.

Marcel Merle considera que los particularismos étnicos, lingüísticos o religiosos han retornado quizá a causa de la uniformización impuesta por el Estado; Icaria donde todos piensan lo mismo, sólo puede ser una comunidad pequeña y sencilla, Babilonia para ser grande, tiene que contener grandes diferencias. Como sostenía Paul Valery, el grado de civilización se reconoce en el número de contradicciones que se acumula.

La cohesión proporcionada por un sentido de unidad, de interdependencia, de destino común, permite superar graves problemas. Así los grupos étnicos, poseen una identidad existencial que trasciende cualquier ideario político coherente y no se sustenta sobre complejas teorías emancipatorias.

Por el contrario y en base a las mismas razones, resulta fácil su utilización para vertebrar a las partes de un conflicto, para estimularlo o justificarlo cuando surge por otras razones, “los enfrentamientos religiosos morales y de otro tipo se transforman en enfrentamientos políticos y pueden originar el reagrupamiento de lucha decisivo en base a la distinción

amigo-enemigo. Pero si llega a esto, entonces el enfrentamiento decisivo no es ya religioso, moral o económico sino el político.”

Dinámicas de grupo. El choque nuestro-vuestro

El homo naturalis evoluciona a homo historiae. El ser dotado de razón se afirma no sólo como persona sino también en el perímetro de una espacialidad fáctica, en el dinamismo sinérgico de una experiencia comunitaria, en un grupo; y para el sociólogo B. Shäfers, un grupo social es

“un determinado número de miembros quienes, para alcanzar un objetivo común, se inscriben durante un periodo de tiempo prolongado en un proceso relativamente continuo de comunicación e interacción y desarrollan un sentimiento de solidaridad (sentimiento de nosotros). Para alcanzar el objetivo del grupo y la estabilización de la identidad grupal son necesarios un sistema de normas comunes y una distribución de tareas según una diferenciación de roles específica de cada grupo.”

En los grupos simples, el objetivo común y el sentimiento de solidaridad son claros, pero en las sociedades complejas es más difícil su determinación. Por el contrario, las sociedades complejas desarrollan un sistema de normas y una distribución de roles más elaborados, aunque comparten una uniformidad intelectual y moral.

Para Shaw, lo importante del grupo es la interacción y apunta a que la participación del individuo disminuye a medida que se incrementa el tamaño del grupo; que la diferencia en el grado de participación crece con también con el tamaño haciéndose mayor la posibilidad de que surja un líder de su seno; que, hasta cierto límite, la conformidad es mayor con el tamaño y se encuentran en función de la tarea que se desempeña, haciéndose la integración tanto mejor cuanto menor el grupo.

Conforme el grupo adquiere estabilidad se desarrolla en sus miembros una conciencia de pertenencia, y coincide con el proceso sociológico de “categorización.” Cuando los grupos tienen conciencia de sí mismos y descubren otras sociedades, surge la necesidad de relación y cooperación que les proporciona un aumento de la riqueza y el intercambio de conocimientos. En términos marxistas una clase para sí. Como dijera Ibn Jaldún “las masas sólo pueden entrar en acción en virtud de alguna solidaridad.”

Con el término “nosotros” se reconoce una comunidad de semejanza en la que se disuelven las diferencias; los términos “vosotros” o “ellos” implican que existe al menos una diferencia insalvable que pesa más que cualquier semejanza y empequeñece los rasgos comunes, estableciéndose una frontera explícita y haciendo que el nacimiento de la comunidad sea fruto de un acto de división.

Una suerte de religión, una filosofía o cultura trascendente, es el elemento simbólico que aglutina al grupo; mediante “la ceremonia, la liturgia y los objetos de culto ante los que se congregan hermanados los creyentes.”

Pero, al mismo tiempo, el contacto con otros grupos sociales hace nacer la competencia tanto en el terreno material, de los recursos, como en el ideológico-religioso. La competición cuando se suma a la categorización social, es decir a la “conciencia de grupo”, trae la hostilidad y el conflicto. Es el choque de intereses nuestro-vuestro que se constituye como una causa polemológica.

Este tipo de interpretaciones, no obstante, encarnan el peligro, en la línea del darwinismo primero y del social darwinismo después, de generar a partir de las constantes del comportamiento humano el carácter ineludible, casi innato y determinista, del odio hacia los otros grupos y conviene no olvidar tampoco - y hasta contraponer a ellos- el juicio de Teilhard de Chardin en el sentido de que

“la evolución no marcha por el camino del tamaño (de lo pequeño a lo grande), ni del número (de lo uno a lo múltiple), sino por el camino de lo sencillo a lo complejo, lo que acarrea el aumento de lo interior, de lo psíquico, de lo consciente. En suma, de la espiritualidad.”

El conflicto entre católicos y protestantes en el Ulster tradicionalmente ha sido entendido como de tipo religioso. No obstante, Gerry Adams sostiene la idea de que su lucha era una lucha anticolonial y que no tenía que ver con la religión.

Y es que en Irlanda del Norte existen numerosas marcas de identidad para el grupo propio que alientan simultáneamente el odio a lo ajeno, algunas son de naturaleza religiosa pero otras son tan prosaicas como los colores (naranja y verde), las marcas de whisky, los nombres de los lugares... todas ellas están cargados de significados culturales. Wright denomina a las dos interpretaciones del conflicto vigilancia (protestante) y rebelión (católica).

Así, la naturaleza heterogénea de algunas sociedades hace que sus miembros pueden encontrarse divididos en los planos generados en torno a la etnia, la lengua, la religión y la cultura lo cual resulta trascendente desde la perspectiva de la vertebración. De hecho, son elementos definidores del nebuloso concepto de nación, y como apunta Carl Schmitt

“Todo antagonismo u oposición religiosa, moral, económica, étnica o de cualquier clase se transforma en oposición política en cuanto gana la fuerza suficiente como para agrupar de un modo efectivo a los hombres en amigos y enemigos.”

Bajo este prisma, el enemigo deja de ser simplemente “el otro” para sufrir un proceso de metamorfosis que le lleva a ser permanentemente diabolizado. Ya no se cuestiona el derecho del otro frente al mío, sino el derecho del otro a ser y a tener en pie de igualdad; este principio, en su momento, trajo la esclavitud y con él, hoy, se sustenta el racismo.

Por eso cuando George Orwell en el contexto de la Guerra Civil española, se encontró frente a un enemigo que mientras corría se sujetaba los pantalones después de defecar, no le disparó pues en esa ridícula situación reconocía su humanidad. Otro suceso similar es relatado por Le Bourgne.

Pensadores como Girard o Bauman hablan de un pacto original sellado sobre la sangre del enemigo el día de la batalla fundacional; considera que si tal acontecimiento no existió debe recrearse mediante el ofrecimiento periódico de “víctimas sustitutas” que sirvan a la catalización de la sociedad, unida frente a una víctima cuya indefensión se niega; además, este sacrificio debe realizarse en presencia de testigos como forma de reafirmación y garantía de unión.

La fragmentación de las sociedades así creada tiene un notable potencial polemológico. Las guerras etnonacionalistas son enfrentamientos entre dos sociedades que se niegan a convivir en un mismo territorio y surgen de los afanes del hombre en pro de su etnia, raza, religión o tribu y que pueden llegar a suponer intentos de asimilación del otro cuando no su simple destrucción. Uno de sus mayores riesgos radica en su retransmisión, su difusión a los países del entorno, su internacionalización en forma de refugiados, violencia o efectos económicos.

Estos problemas no tienen una resolución sencilla ni única. Por ejemplo, vencida Francia invocaba contra el imperio alemán el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Victoriosa, se sentía tentada a recurrir a la noción de fronteras naturales que permitía ignorar los deseos de los pueblos. Los alemanes, por su parte, no negaban el deseo de

los alsacianos de seguir siendo franceses, pero argüían que Luis XIV lo había violentado dos siglos antes y que la pertenencia a la cultura germánica contaba más que la voluntad coyuntural de una generación.

El conflicto universalismo-localismo. Los nacionalismos

El nacionalismo, “la ramita torcida” de Schiller, para Ignatieff

“toma los hechos neutrales de un pueblo – la lengua, territorio, cultura, tradición e historia – y los convierten en una narración...toma las “diferencias menores” y – en sí mismas irrelevantes- y las transforma en grandes distinciones...la característica más acusada de la mirada narcisista es que sólo contempla al Otro para confirmar su diferencia”.

El nacionalismo es fundamentalmente un principio político, una teoría de la legitimidad que señala que debe haber congruencia entre la unidad nacional y la política, aunando para ello en un mismo espacio sentimiento y movimiento.

La diferencia entre patriotismo y nacionalismo se encuentra, para algunos autores, en que mientras pertenece al ámbito de la voluntad y la elección, el segundo lo presenta exclusivamente en el ámbito de la naturaleza, lo que dota al concepto de un sentido determinista.

Como sostiene Glover las características identificadoras son “comparativamente neutrales”, pero contienen un elemento mítico, son “portadoras de una carga emocional” y además se construyen mediante un relato selectivo sobre el pasado, con elementos de agravio y de victoria que sirve de trasfondo para juzgar los actos nuevos. Se produce una transferencia de sacralidad, una transferencia de lo sagrado desde la religión a la nación, y también a la ideología.

Aron señala como los sentimientos e ideologías se han transformado de modo que hoy en día se echa a la hoguera lo que se adoraba en el pasado. La nación no ha liberado a los hombres, sino que los ha llevado en el siglo XX a lo que Renan llamó guerras zoológicas sostenidas por una pretensión de superioridad.

El nacionalismo no es universalista ni es racionalmente simétrico; de hecho, puede presentarse como la expresión a nivel de grupo de la tendencia humana a hacer salvedades cuando se trata de uno mismo. Tener una nacionalidad se ha convertido en

un atributo para el hombre igual que tener pelo; las naciones se han transformado en el algo natural y, por tanto, lejano a la contingencia.

La guerra de Bosnia-Herzegovina es un claro ejemplo de conflicto nuestro-vuestro. Sin entrar en otras consideraciones, los habitantes de Bosnia-Herzegovina, durante ese período, podrían identificarse con la idea de “ciudadanía bosnia” como antes lo habían hecho con la yugoslava, pero, sin embargo, eligen mayoritariamente la identificación serbo-bosnia, bosnio-croata o bosniaca, y entre los dos primeros muchos se identifican respectivamente con Serbia y Croacia.

Freud considera que en la conducta humana subyace una suerte de narcisismo. “Algo” resulta querido en la medida en que se asemeja a “nosotros” y nos confirma, e inversamente, “algo” resulta hostil en función de su lejanía. El nacionalismo se inscribe plenamente en esta dinámica a la que imprime una tendencia egocéntrica que puede desembocar en el autismo, cuando no se reconocen referencias en otros interlocutores:

“el narcisismo de la diferencia menor consiste, pues, en la entrega a una fantasía colectiva que permite a los individuos amenazados o ansiosos evitar el esfuerzo de pensar por sí solos e incluso de pensar en sí mismos. De igual modo, la tolerancia dependerá de la capacidad para individualizar a los demás.”

El nacionalismo, tiene pues los componentes de una idea dinámica, autorreferente y tautológica, que una vez puesta en marcha sirve para su autojustificación. El monstruo que se devora a sí mismo; en palabras de Sánchez Ferlosio

“el contenido del fin, aquello mismo en que la patria al fin conquistada consiste, no es sino la lucha que sirvió para conquistarla, el nombre, la memoria y la gloria de aquellas mismas batallas, de esas mismas hazañas que tenían como objeto de conquista el propio cofre que al fin no tiene otra cosa que ellas.”

Conviene reseñar que el nacionalismo no es una idea única, sino un complejo de ellas a la que se suman realidades dispersas e incluso contradictorias. Ciertamente etnia, lengua, religión, cultura son elementos que coadyuvan a la definición del grupo y la historia conjunta sirve a su consolidación fáctica. Existe, pues, un nacionalismo por cada idea de nación.

Pero, frente a lo que pueda parecer por lo sonoro de las excepciones y a juicio de pensadores del calado de Gellner, en la mayor parte de los casos, el nacionalismo no resulta conflictivo. Es un argumento interesado.

Merece reseñarse el caso de Bengala Oriental que, en el plazo de 40 años, fue capaz de pasar de un nacionalismo proindio de 1930, a un nacionalismo separatista musulmán en la década siguiente y a un nacionalismo bengalí en los años sesenta, siendo identificado el “otro” cultural respectivamente como el británicos, el hindú y el urdu parlante de Bengala occidental.

Nación y Estado no son dos conceptos históricamente sinónimos. Hay naciones sin Estado (como los gitanos o, durante mucho tiempo los judíos, una nación definida por la práctica religiosa), y de hecho, puede afirmarse que la mayor parte de los Estados incluyen varias naciones y que hay naciones distribuidas entre varios Estados. Lo que no existe es un Estado sin población, más allá de una ficción jurídica.

El Estado, en tiempos la otra cara de la nación, ha modificado su relación con aquella por cuanto que ya no puede proporcionarle seguridad frente a una modernidad líquida que atraviesa sus estructuras (y de la que depende para subsistir) al tiempo que ya no precisa del potencial de movilización de la nación, al haber confiado su seguridad a unas élites profesionales.

No conviene tampoco perder de vista cuestiones sustanciales, como son, su naturaleza histórica, pues surgió durante el proceso revolucionario francés, y las dificultades que su definición doctrinal comporta, resultado de la preeminencia de los hechos sobre los desarrollos conceptuales.

El nacionalismo, está edificado como una combinación de racionalismo y voluntarismo que se sustenta sobre construcciones intelectuales y saltos arguméntales, se ha convertido en una suerte de religión secular en la medida en que asume ideales de grupo trascendentes que ocupan un espacio sacro. El romántico Fichte captaría plenamente este momento de puesta en valor:

“pueblo y patria, como portadores y garantía de la eternidad terrena y como aquello que puede ser eterno aquí en la tierra...la promesa de una vida que incluso aquí en la tierra vaya más allá de la vida terrena es lo que puede animarles hasta a morir por la patria.”

Todos estos, además, son conceptos discutibles, empezando porque un determinado grupo humano constituya una nación, y siguiendo porque esa nación, per se, automáticamente deba convertirse en Estado (principio de las nacionalidades); existe en ello una buena dosis de voluntarismo que pretende obviar la diversidad que acompaña a toda sociedad y los caprichos sobre los que se ha cimentado su desarrollo histórico.

Extrapolar del principio de que todo hombre tiene derecho a escoger a sus representantes (autodeterminación), el hecho de que todos los pueblos tengan derecho a autodeterminarse, tiene notables componentes de falacia lógica con la que se obvia unilateralmente los consensos sobre los que se ha construido una sociedad y el universo de relaciones que ha creado la historia.

La falacia se encuentra en el salto cualitativo de atribuir características del ser al ente porque los pueblos no son personas vivas y son los hombres los que se autodeterminan; el desarrollo cartesiano de la idea lleva a un absurdo lógico de signo ácrata, porque al ser ese principio de aplicación al individuo, que es el que realmente se define, y puede, aplicado hasta sus últimas consecuencias, hacerlo como Estado. Se llega pues a la figura del individuo-Estado, a la república independiente de la propia casa, y se cierra el círculo. El problema se reduce desde esta perspectiva a una cuestión de escala y de frontera con las que se establece el marco de definición y su desarrollo, lo que invita de paso al gerrymandering.

Aunque se fijasen porcentajes de aceptación por la población, de alguna manera se estaría aceptando que es el hombre para el Estado en vez del Estado para el hombre. Esto es un totalitarismo, siempre peligroso para las minorías no nacionalistas, porque como dice Ignatieff “el error nacionalista no consiste en querer mandar en su casa, sino en creer que allí sólo merece vivir su propia gente.” Con ello, nuevamente se llega a la conclusión que los problemas humanos nunca tienen soluciones exactas.

Otra causa polemológica la constituye el choque universalismo-localismo, cuyas raíces son diferentes a las propias del conflicto nuestro-vuestro, aunque en muchas ocasiones ambos vayan ligados de alguna manera. Mientras el origen del conflicto nuestro-vuestro tiene que ver con el sentimiento de pertenencia al grupo social, el conflicto universalismo-localismo está relacionado con el tamaño, geográfico o demográfico, de éste.

Originalmente, la unión de pequeños grupos tras la revolución agrícola del Neolítico apareció como beneficiosa y necesaria para la gestión de los recursos hidráulicos, bienes almacenados, desarrollo cultural, etc.... así, el surgimiento de los primeros imperios fue resultado de la disolución de la familia recolectora en grandes conglomerados ante la necesidad de crear y mantener infraestructuras para los regadíos, como ya habían recogido en su época historiadores como Jenofonte o Herodoto (siglo V a.C.).

Éste es el común denominador de las primitivas civilizaciones agrícolas que alcanza desde la mesopotámica a la china, y del río Nilo al Indo; la difusión de instrumentos de hierro hizo posible las roturaciones e importantes empresas hidráulicas y grandes zonas quedaron sujetas a un mismo régimen de aguadas y habitadas por pueblos con un tronco étnico común eran, regidas en condiciones de eficiencia bajo un único gobierno.

Sin embargo, el desarrollo de unas sociedades, cada vez más numerosas y extensas llevó, necesariamente, a la subdivisión de las funciones de gobierno y a una descentralización de la toma de decisiones y, como consecuencia, al pensamiento de que esa gestión podía hacerse más provechosa localmente. Así, desde la aparición de los primeros imperios, la lucha entre las tendencias universalistas y localistas ha estado presente en el seno de la sociedad.

Éstas comenzaron por no contar los imperios con infraestructuras de comunicaciones adecuadas, lo que les hacía portadoras del germen de su propia destrucción; la falta de cohesión en una sociedad que se ha hecho compleja y el territorialismo humano posibilita la aparición de fuerzas centrífugas que pretenden separar sus límites naturales.

La actual dicotomía existente entre la mentalidad universalista, representada por las corrientes filosóficas del siglo XVIII y por los procesos de integración regionales postulados por la ONU, y por otro lado, por los localistas representados por el nacionalismo, es uno de los elementos indispensables para entender la dinámica social actual. Nada más cercano e ilustrativo que la situación en la Unión Europea, en la que, al mismo tiempo que se transfieren competencias a ámbitos supranacionales, las tendencias regionalistas adquieren un vigor cada vez mayor.

Tampoco conviene olvidar que, el primer intento de la era moderna (también podría considerarse como tal al Imperio Carolingio) de unificar Europa lo llevó a cabo Napoleón, mediante la instalación de miembros de su familia en el trono de las naciones; sin embargo, y paradójicamente, fracasó por la reacción nacionalista; “el pueblo en armas”

que había auspiciado la Revolución – muchas de cuyas ideas se pretendían exportar - contra las concepciones pseudopatrimoniales del Antiguo Régimen, se alzaba ahora utilizado en su contra y con sus mismos ideales.

En esta situación, Alvin Toffler citando a Petrella sostiene: "las potencias que tomarán decisiones en el futuro.... serán empresas transnacionales, en coordinación con gobiernos municipales o regionales". Ahondando en esta cuestión Luttwak decía: "el sistema global se ha convertido en lo que antes solía ser la vida pública británica: algo gobernado por comités".

Gellner apunta a que en la era industrial, y como consecuencia de la movilidad, sólo sobreviven las culturas superiores, el resto se ve reducido en la práctica a actitudes folclóricas; el contenido del lenguaje se vuelve universal, arregional, las diferencias interculturales acaban generando diferencias meramente fonéticas, todos hablan el mismo idioma conceptual aunque su expresión sea distinta. Actualmente, con la globalización, el juego de dominación entre los más grandes y los más pequeños, pasa a ser entre los más rápidos y los más lentos.

Identidad y Conflicto. Etnia y Tribu

El recorrido vital del hombre hace que necesite de referencias; estas se ven afectadas por las tensiones de procesos como la globalización, el desarrollo de los medios de comunicación de masas... que a su vez han afectado no ya al orden internacional, sino a los sistemas de valores.

Nixon, a modo de ejemplo, hace referencia a un proverbio asiático que alude a que los ingleses, a los que se presenta como los más respetados y avanzados colonizadores, cuando fundaban una colonia creaban tres instituciones: una iglesia, un hipódromo y, por fin, un club al que los orientales no podían pertenecer.

Etnia, lengua, religión y cultura son etiquetas, elementos de definición identitaria al tiempo que planos habituales para el conflicto. Esto es, actúan como mecanismos de polarización promoviendo el alineamiento de la población de modo dicotómico y excluyente, según la lógica de clasificación dentro-fuera. La cuestión es que se

encuentran entrelazados de un modo difícilmente disociable en todos los casos. Por más que teóricamente se definan con nitidez, en términos prácticos, tal diferenciación es difícil.

Y es un sentimiento comúnmente reconocido que cuanto más inseguro se siente el hombre más se afirma en su identidad, siendo en consecuencia las sociedades donde resultan particularmente estrechas las identificaciones entre sus miembros aquellas en que más enconadas son las disputas. No en vano, los emblemas que antaño identificaban a las familias se dibujaban sobre los escudos con que se defendían.

El problema, la contradicción, se encuentra en que la identidad no es un concepto estático sino abierto, discursivo, cuajado de diacronía sociocultural, que fusiona el ser y el devenir anímico particular con el propio de la agrupación, con la psicología y la historia. Consecuentemente, Mary Kaldor considera que los objetivos de las nuevas guerras “están relacionados con la política de identidades, a diferencia de los objetivos geopolíticos o ideológicos de las guerras anteriores” por una nueva división política entre “un cosmopolitismo basado en valores incluyentes, universalistas y multiculturales, y la política de las identidades particularistas...basada en una identidad concreta sea nacional, de clan, religiosa o lingüística...la nueva política de identidades consiste en reivindicar el poder basándose en etiquetas.”

Una comunidad étnica citando a Ganguly y Tarases es

“un grupo unido por una herencia cultural común, una semejanza racial, una religión común y la creencia de una historia compartida, que estimulan un fuerte sentimiento psicológico de pertenencia grupal”.

Conviene considerar que el término étnico es un concepto más amplio que el meramente racial y tiene una dimensión cultural; según el RAE una etnia es una “comunidad humana definida por afinidades raciales, lingüísticas, culturales, etc.” El clan, agrupa a todos los individuos descendientes de un antepasado común y la tribu indica una dimensión política y territorial de mayores dimensiones que tiende a dividirse en secciones políticas inferiores.

Países como Chad, Malí, Sudán o Mauritania, sobre los que Huntington ubica una de sus líneas de fractura, son territorios que sirven como frontera a dos mundos distintos, cuyas sociedades están compuestas por miembros de diferentes etnias (árabe y

negroide) y religiones rivales (politeístas y musulmanes). Además, existen Estados en África que integran etnias rivales como es el caso del Congo, Ruanda, Sierra Leona, Guinea... En el Congo donde hay un conflicto interno existen más de 200 grupos étnicos. Cuatro grandes tribus componen el 45% de la población del país

Las cuestiones étnicas como ya se ha visto durante el estudio de las dinámicas de grupo son, en sí mismas, importantes factores polemológicos en la medida en que permiten la clasificación en grandes grupos de seres humanos y la creación de masas tectónicas en una sociedad. Pero ello no presupone la fricción. De los más de 180 Estados que existen sólo unos 20 son étnicamente homogéneos.

A sensu contrario, la combinación de solidaridad social y religiosa es formidable; con ellas, Ibn Jaldún justifica las conquistas árabes; así llega afirmar que “las tribus nómadas conquistan a las sociedades sedentarias por su mayor cohesión,” “la combinación de solidaridad tribal e ímpetu religioso es irresistible.” Es la *assabbiyya*, un componente de peso en el actual conflicto de Afganistán.

Levy-Strauss presenta el racismo, la xenofobia, como un fenómeno biológico, por más que la comunidad científica se haya inclinado por su carácter histórico-social; algunos pueblos primitivos se autodenominan con términos como “los verdaderos”, “los buenos”, “los excelentes”, mientras que a los demás les atribuyen términos que niegan su condición humana como “huevos de piojo” o “monos de tierra”.

Estos elementos de definición identitaria son fragmentadores por excluyentes y distribuyen a la población; el resultado es que generan siempre una minoría, más o menos amplia. Como sostiene Javier de Lucas:

“no pretendo argumentar la tesis fuerte que sostiene la coextensividad entre racismo y xenofobia, de un lado, aunque como se verá, sí mantendré que no hay nacionalismo sin sentimientos xenofóbicos y aun sin sentimientos racistas.”

La violencia étnica en el mundo contemporáneo para Arjun Appadurai, en la línea de Arendt, está íntimamente relacionada con la actual crisis de soberanía de los Estados, señalando el censo como el lugar que ha unido las identidades de grupos enumerados cuyas peticiones son incompatibles con los recursos del Estado.

Mariano Aguirre por su parte alude a que el carácter recurrente de los conflictos civiles en los Estados frágiles se debe a una falta de legitimidad derivada de la pobreza del desarrollo de las instituciones; de modo que no ejercen un control efectivo sobre su territorio nacional, esto es, incumpliendo su función principal: proteger y asegurar el bienestar de las poblaciones. El Estado o no fija realmente las reglas o lo hace de un modo manifiestamente injusto.

Muchos Estados cuya legitimidad descansa sobre la cultura de su mayoría monoétnica, se encuentran abrumados por unos requerimientos de los grupos minoritarios que no pueden satisfacerse con los recursos disponibles. Citando a Hobbes, “los hombres no encuentran placer (sino por el contrario, un gran pesar) en estar en compañía de otros, cuando no hay ningún poder capaz de imponer respeto a todos ellos.”

Cuando el Estado no hace un ejercicio efectivo y real de sus capacidades coactivas sobre la que se sustenta su legitimidad, la violencia es desreglada y desciende desde el nivel Estado hasta el nivel (neotribal) de la(s) comunidad (es). En este clima de incertidumbre proliferan las “identidades depredadoras” que parecen exigir la degradación, restricción o eliminación de los otros como forma de garantizar la propia supervivencia.

David señala que aunque las diferentes escuelas expliquen las guerras étnicas de modos distintos, las tesis insisten en que no se puede exagerar su irracionalidad ya que obedecen a una lógica diferente para cada una de ellas: “need, greed and creed” es decir la necesidad de supervivencia, el beneficio y la identidad.

Desde una óptica realista se presentan como resultado de afirmación de la identidad de cada una de ellas, situación que se acentúa con el colapso de los Estados; las etnias ante este colapso quedan inmersas en un “dilema de seguridad” y reaccionan buscando su maximización a costa de las otras.

En esta línea, Ternon señala como el genocidio resulta más propio de las sociedades plurales en las que se mantiene una desigual participación de las subidentidades en el aparato del Estado y la memoria colectiva ha cristalizado en torno a un pasado histórico de enfrentamientos; la identidad de las partes se encuentra realmente cimentada no tanto en lo que une como en lo que diferencia, generándose a partir de ese punto ciclos de polarización y violencia.

Desde una óptica liberal se incide en los aspectos económicos y de los recursos mientras que los constructivistas hacen ahínco en las dinámicas psicológica utilizadas por los líderes étnicos y políticos para realimentar o sofocar el conflicto que resulta de la crisis de identidad y de la discriminación; además, la violencia no es genética sino aprendida, no es la identidad la que moviliza los individuos, sino los individuos los que movilizan la identidad para justificarse.

”Es fácil considerar la guerra étnica como un repunte atávico del tribalismo... cuando los individuos viven en los Estados consolidados – aunque sean pobres- no necesitan la protección del grupo. La desintegración de los Estados, y el miedo hobbesiano resultante, es lo que produce la fragmentación étnica y la guerra” para afirmar que “primero cae el Estado, que está por encima de las partes; luego aparece el miedo hobbesiano; en seguida la guerra. La desintegración del Estado es lo primero, la paranoia nacionalista viene después”.

En la década de los noventa, tres países Ruanda, Burundi, y Bosnia produjeron más de un millón de muertos. No obstante, Gurr considera que han alcanzado su cénit; de los 59 conflictos armados étnicos censados en 1999 sólo en 7 observa agravamiento, 23 disminuían de intensidad y 29 podían considerarse estables en 2006. Las razones son la democratización y reconocimiento de los derechos de las minorías y la voluntad de negociar la autonomía en vez de combatir.

Sánchez Ferlosio presenta la identidad como negación, execración y destrucción del otro. El resultado es un anhelo de purificación que nace de un sentimiento de impureza mucho más amplio e indefinido que el que remite estrictamente a una culpa moral; por eso no resulta extraño el mito de Mika-El: la espada de Dios, dado que el purificador actúa a veces como exterminador.

Es lo que Ignatieff, retomando una concepción freudiana, llama el narcisismo de la diferencia menor: “la característica más acusada de la mirada narcisista...el narcisista no tiene interés por los demás, salvo en aquellos aspectos que le reflejan,” la intolerancia no es así más que un sistema de referencia.

El hombre asume discursos contradictorios y, como dice G.K. Chesterton, ama a la humanidad con la misma naturalidad con la que odia al vecino de enfrente. A modo de ejemplo, “resulta más difícil imaginar dos grupos humanos en el continente que tengan

más en común en términos de lengua y cultura, historia y organización social que los hutus y tutsis.”

Glover apunta que los conflictos tribales estallan raramente por sí solos, suelen producirse previa incitación para quedar después atrapados por las respuestas recíprocas. Como ejemplo, cita el caso de Yugoslavia donde el 45% de las familias procedían de varias etnias, pero los grupos étnicos parecían la única protección contra la amenaza de otros grupos.

La explicación de este fenómeno de masas no es clara y suele presentarse como una extensión de principios biológicos relacionados con la supervivencia de la especie. De modo que “el tribalismo y la creencia, al imponer una distancia psicológica, consiguieron constreñir catastróficamente la respuesta humana”.

La cuestión es que muchas sociedades son anteriores a la existencia del Estado en la que se encuentran comprendidas, se encuentran estructuradas en redes clientelares (tribus) y se organizan al margen del mismo, llegando a superar sus límites o a no completarlos. Irak y Afganistán son dos buenos ejemplos.

El resultado es que estos Estados se encuentran atravesados por líneas de fractura, y se genera nuevamente un “dilema de seguridad” cuando los distintos grupos humanos que lo componen compiten por el reparto de recursos en ausencia de un poder fuerte que garantice su seguridad, incrementando aún más el ritmo de descomposición de ese Estado. En las sociedades en que la etnicidad es un importante factor de identidad, esta situación se agudiza.

Estas diferencias pueden provocar el fracaso del Estado. Estos según Holsti son

“Estados que carecen de capacidad de generar lealtad – derecho a gobernar- de dotarse de los recursos necesarios para gobernar y proporcionar servicios, de mantener el elemento esencial de la soberanía, consistente en el monopolio sobre el uso legítimo de la fuerza dentro de sus límites territoriales, y de actuar dentro del contexto de un consenso basado en una comunidad política.”

Ejemplos podrían ser Somalia, Sudan, Liberia o Afganistán en los que, a diferencia del recorrido hecho por Occidente el Estado, ha sido incapaz de generar una nación. En sociedades divididas por múltiples identidades culturales lo relevante no es tanto que el conflicto étnico provoque el colapso como que la formación del Estado exacerbe este

enfrentamiento.

El caso más paradigmático es el de los judíos, que habiendo abandonado el ghetto, la judería, e integrado plenamente en la sociedad alemana vieron como el nazismo fue capaz de levantar una barrera biológica entre dos razas y dos culturas, a partir de uno sólo de los elementos definidores de su identidad.

Hitler ya había anunciado su concepto de Estado racista antes de imponerlo “la culminación de toda la labor educativa del Estado racista consistirá en infiltrar instintiva y racionalmente en los corazones y los cerebros de la juventud que le está confiado.”

Como bien recuerda Glover

“la idea de Benedict Anderson según la cual las naciones son “comunidades imaginarias” capta bien este componente psicológico de lo que se entiende por nación... el tribalismo es un concepto más profundo que el nacionalismo. Históricamente, el tribalismo fue primero. Y el nacionalismo presupone la idea de una nación, entendida en términos de autoconcepción tribal.”

La estructura social como factor polemológico

Además de los factores polemológicos relativos al grupo y analizados hasta el momento existen otros. Está el área biológica, que enmarca los conflictos relacionados con las características físicas de los miembros del grupo. Aquí se incluyen los conflictos generacionales, los movimientos feministas etc. Este tipo de conflictos tienen escaso interés desde el punto de vista polemológico, aunque asociados a otras causas pueden servir como multiplicadores. Una sociedad demográficamente más joven es más dinámica y vital, sus componentes son más proclives a la emigración, pero es también más agresiva. Y no es esta una cuestión menor.

Por otro lado tenemos el área estructural, en la que se incluyen los conflictos derivados de la propia organización de la sociedad. Aquí están comprendidos la lucha de clases, los nacionalismos, la marginalidad y el crimen organizado, así como los Estados fallidos o fracasados.

Una vez analizadas las causas polemológicas que nacen de la naturaleza y evolución de los grupos sociales conviene aproximarse a aquéllas que surgen de su propia

organización. Conflicto y cambio mantienen una relación ambivalente, unos justifican el conflicto en función del cambio y otros el cambio en función del conflicto.

Para el filósofo Thomas Hobbes “la sociedad es estable y tiende al estatismo y al reposo, y para lograrlo debe, a veces, tolerar ajustes que permitan la vuelta a la estabilidad.” Es decir, los conflictos que surgen en el interior de la sociedad son meros estadios intermedios que la llevan a una etapa de mayor estabilidad.

Por el contrario, Heráclito afirmaba “incluso un brebaje se descompone si no se agita” idea que retoma Rousseau al aseverar que “la sociedad es algo dinámico, vivo y contradictorio que, cuando no puede avanzar, estalla en violencia para conseguir una nueva línea de progreso,” mientras Burke apunta a que un Estado sin medios para realizar cambios, está también sin medios para su propia conservación. Treitschke hace acopio de términos cuando sostiene que

“las dos expresiones legitimidad y revolución son elásticas. Una evolución legítima es lo normal, pero en todos los Estados sin excepción, llegan momentos en que no se puede seguir adelante por los canales pacíficos y la guerra, fuerza y/o revolución se hacen inevitables.”

Eliseo Vivas va más allá y considera que la moral se encuentra insertada en la fuerza de modo que no solo los conflictos de fuerza son normales en el seno de la sociedad, sino que la propia moral actúa como un elemento organizador de fuerzas, el único medio para “efectuar una reorganización necesaria.”

Andrés de Blas sintetiza las teorías revolucionarias que consideran que “el origen del Estado se encuentra en la violencia, esto es, no se trata de que el Estado sea una respuesta a la violencia, sino que el mismo es la violencia, pues la usa al servicio de ciertos objetivos de explotación y opresión sociales...por ello resulta conveniente su desaparición.” Este posicionamiento es contrario al de Hegel que veía en el Estado un ideal ético mediante el cual resultaba posible la construcción racional del mundo.

Domarchi establece los marcos de la guerra y la revolución señalando que

“las guerras traducen en el plano de la historia contingente...las contradicciones de las relaciones sociales. De la misma que las revoluciones constituyen la respuesta al mar de fondo que atraviesan las relaciones sociales y del cual los miembros de la colectividad no tienen conciencia.”

George Sorel distingue entre fuerza y violencia de modo que “el objeto de la fuerza es imponer un cierto orden social en el que gobierne la minoría, mientras que la violencia tiende a la destrucción de ese orden,” la fuerza pertenece a la clase media, mientras la violencia es fruto de la acción proletaria; la violencia sirve para desenmascarar la hipocresía de la dominación de la clase media, aumenta la decisión y solidaridad de los revolucionarios y está ligada a la moralidad heroica.

Frantz Fanon considera que la violencia del colonizador alcanza de lleno al nativo y hace el enfrentamiento inevitable; de modo que la vinculación de la violencia con la libertad pues para “los individuos, la violencia es una fuerza purificadora; libera al nativo de su complejo de inferioridad y de su desesperación e inacción; le quita temores y le devuelve el autorrespeto ” de este modo enlaza salud mental, violencia y actividad política. Por el contrario, los opresores cuando emplean la violencia se deshumanizan.

Pero independientemente de la tendencia a la estabilidad o al cambio, lo cierto es que el conflicto aparece en el interior de las sociedades de una forma constante, la cuestión se cifra en el nivel beligeno que puede alcanzar y la capacidad de aquellas para soportarlo. De hecho, es difícil entender una sociedad sin conflicto. Aparece por tanto una nueva causa polemológica en la defensa y ataque a la estructura social.

En definitiva, se trata de un enfrentamiento entre el grupo que desea mantener la estructura social existente y los grupos que desean desgajarse de esa sociedad o modificarla radicalmente.

Como sostiene Morales Goleri a través del análisis de la obra de Rene Thom “Parábolas y Catástrofes”, las catástrofes no son acontecimientos excepcionales, sino que se escriben en una normalidad conformada como una sucesión regular de puntos; de vez en cuando, se bifurca, y obliga al salto.

”Hasta los científicos se aferran a las teorías establecidos a los paradigmas (Khun) negando hechos que los contradicen hasta que lo nuevo se acumula.....haciendo la revolución inevitable. La ciencia paso así al paradigma de Newton al de Einstein.... Hay dos tipos de catástrofes: la hecatombe y la conmoción. La primera implica la destrucción del sistema y la segunda sólo lo conmueve. Stalin y Hitler no aceptaron conmociones y culminaron en hecatombes... la democracia acepta conmociones y está a resguardo de hecatombes.”

Los orígenes psicológicos de los conflictos

La personalidad es básicamente un conjunto estable de rasgos que permiten determinar la conducta de los individuos. La psicología busca analizar y sistematizar la personalidad individual y el comportamiento social para prever y explicar la conducta humana.

La psicología de los individuos, subyace entre las causas de los conflictos, como se infiere de lo apuntado a la hora de estudiar sus aspectos, integrándose en lo sociológico. De hecho Hacker señala que en sus causas existen “mezclas de manipulaciones conscientes y dirigidas y de complicidades y de negligencias inconscientes.”

Los sentimientos de temor, el ansia de revancha, los anhelos de seguridad, la búsqueda de la gloria, son motivos tradicionales de enfrentamiento. Junto a ellos hay otros que relacionados con las construcciones psicológicas de las que se deduce la percepción de la situación y las consecuencias derivadas a nivel individual, por más que se instalen en la sociología de grupo. Todos se instalan en las raíces de la agresividad. Cuando la percepción de los grupos sugiere que las diferencias de intereses son subjetivas, queda a debate la cuestión sobre el grado real de incompatibilidad de intereses.

Pero quienes sostienen un pretendido carácter natural de la agresividad no deben olvidar los casos, como recuerda Brodie, de Suecia y Dinamarca que si en un momento dado fueron naciones belicosas, hoy ya no lo son.

La frustración genera también efectos belígenos. Como ya se ha visto, de las frustraciones percibidas como colectivas y animadas por la fuerza y el anonimato que da la multitud, se puede llegar al impulso belicoso previo a la guerra. Y es que, siguiendo la doctrina aristotélica del justo medio, ni la guerra es un fenómeno de salvajismo ni algo tan antiguo como el hombre, es una adquisición histórica derivada de la evolución de las sociedades como colectivo.

Así los terroristas son personas psicológicamente normales, no presentan disfunciones mentales. Para llegar a entender el terrorismo desde un punto de vista psicológico es preciso estudiar las dinámicas de grupo y las subculturas políticas en que se socializan - familia, amigos, educación - y moldean la mentalidad de sus militantes, intensificando su identificación y compromisos con tales organizaciones

Los procesos de radicalización surgen en torno a desavenencias profundas incardinadas en un concreto grupo social. Las causas pueden ser motivaciones de tipo religioso, étnico, lingüístico, ideológico, histórico o una combinación de las anteriores. Tales grupos no practican la violencia ni la apoyan, pero incorporan una contradicción en la medida en que la aprueban y simpatizan con ella. En ellos pueden basarse los resentimientos colectivos entre la India y Paquistán, como los que hubo en su época entre Francia y el Reino Unido o Alemania.

De tales grupos se desgajan unos subgrupos ideologizados dotados de una dinámica propia, que entran en una espiral extrema cuasi esquizoide en su demanda de pureza, son los radicales. Pero eso no hace de los radicales unos terroristas: apoyan la violencia, pero no necesariamente la practican. Es el siguiente salto cualitativo, un salto trascendente y de altura no forzoso resultado de un desarrollo continuo, el que los convierte en terroristas, normalmente de la mano de gentes que ya han derramado sangre.

Por eso Joschka Fischer en su época revolucionaria, dirigiéndose en un célebre discurso a los miembros del grupo terrorista RAF les decía “¡Tirad vuestros fusiles y recoged de nuevo los adoquines!” De esta forma descendían un escalón trascendente en la escala de la violencia.

La explotación del hombre por el hombre

Otro factor que puede actuar como causa polemológica es la explotación del hombre por el hombre; recordando el célebre comienzo del Manifiesto Comunista: “la historia de todas las sociedades hasta el día de hoy es historia de la lucha de clases... la guerra y la paz entre Estados reflejan diferentes fases de esta lucha de clases.”

No obstante, Cairo apunta a que los cambios en la organización social producidos a partir de 1780 y con la Revolución Industrial se realizaron desde una base nacional por más que las clases sean transnacionales. Como señala Sokolovsky “la revolución no puede imponerse desde fuera de la nación: surge como resultado de las profundas contradicciones internas e internacionales del capitalismo”.

Dühring sostenía que lo fundamental era la forma de relaciones políticas, es decir la violencia y no los hechos económicos considerados como secundarios. Para ello utiliza el ejemplo de Robinson esclavizando a Viernes. Engels contestará señalando

“el ejemplo pueril que M. Dühring se ha inventado para probar que la violencia es el elemento histórico fundamental, prueba que la violencia no es más que el medio mientras que la ventaja económica es el fin. Y en la medida que el fin es más fundamental que el medio empleado, en esa misma medida el aspecto económico es más fundamental que el aspecto político...la opresión ha sido un medio para fines alimenticios.”

Lenin por su parte sostenía:

“Democracia es el Estado que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir, una organización llamada a ejercer la violencia sistemática de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra. Nosotros nos proponemos como meta final la destrucción del Estado, es decir de toda violencia sistemática de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra.”

No puede dejar de apreciarse el hecho de que las relaciones de dominación siempre hayan estado presente a lo largo de la historia mediante fórmulas más o menos encubiertas, la más relevante de las cuales es la esclavitud que, paradójicamente en sus orígenes, resulta un progreso cuando se la compara con su alternativa en la guerra: la aniquilación del vencido. Aristóteles cifró el final de la esclavitud en la llegada del fabuloso reino de Cronos donde las máquinas harían el trabajo de los hombres; y la emancipación de los esclavos no comenzó hasta la llegada de la Revolución Industrial.

Qué duda cabe que una relevante aproximación a la problemática de las relaciones verticales desde la perspectiva de la explotación la proporciona el marxismo, cuya lógica, además, puede fácilmente trasladarse a la dinámica de las Relaciones Internacionales. En palabras del poeta Yeats “los mendigos han cambiado de sitio, pero el látigo sigue funcionando.”

La estructura social de Occidente en el XIX podría reducirse a una clase proletaria que aportaba la fuerza de trabajo y a una burguesía que contaba con los medios de producción, sin que se hubiera desarrollado un estadio intermedio que sirviese para dar continuidad en el tránsito de una a otra y actuase de colchón entre ambas; esto encarna la contradicción señalada por Marx cuando sostiene que “la separación entre capital y

trabajo resulta ser la consecuencia de una ley que aparentemente partía de su identidad.” De estos supuestos Lenin extrae que,

”quien admita la lucha de clases no puede menos que admitir las guerras civiles... una clase oprimida que no aspire a aprender el manejo de las armas... merecería que se la tratase como a los esclavos” y define el imperialismo como “la fase superior del capitalismo.”

Este patrón resulta fácilmente transponible a la esfera de las Relaciones Internacionales. Además, actualmente la desigualdad entre Estados ha crecido de forma sensible, reduciéndose drásticamente los tipos medios.

Así Claus Offe habla del Estado bélico-asistencial término con el que trata de reflejar la doble cara en los Estados nacionales de las sociedades capitalistas más industrializadas: la externa basada en el uso de la violencia y la interna dirigida a asegurar el reconocimiento de los derechos económicos y sociales a los trabajadores para evitar que recurran a la violencia.

Giddens, define la contradicción, término con profundas implicaciones marxistas, como “una oposición o disyunción entre principios estructurales de un sistema social, de tal forma que el sistema opera en continua negación.”

Y es que para estos discursos la actividad económica condiciona decisivamente toda la actividad social y la violencia se sitúa en el corazón mismo de todo el proceso económico. Por eso Engels sostiene en el Anti-Dühring que como la sociedad se mueve en antagonismos de clase, la moralidad será siempre una moralidad de clase. En palabras de Adorno

“las heridas que la sociedad infiere al individuo son leídas por éste como cifras de la no-verdad social, como negativo de la verdad...El origen social del individuo se descubre al final como poder de su destrucción”.

En cada modo de producción que ha existido a través de la historia, se aúnan las fuerzas productivas (el conjunto de instrumentos de producción utilizados para el trabajo del hombre) y las relaciones de producción (el conjunto de relaciones sociales que corresponden a las fuerzas productivas), de forma que al adquirir nuevas fuerzas productivas los hombres cambian su modo de producción, y cambiando su modo de producción cambian sus relaciones sociales.

En cada período las clases dominantes se han valido del Estado para ejercer su dominación; pero junto a este tipo de dominación política, existe una forma de dominación cultural de naturaleza difusa que sirve a la legitimación del marco al que se presenta como natural y lógico posibilitando la alienación.

Esta explotación que, a nivel endógeno, justificaba la lucha de clases, de una forma más depurada, puede extrapolarse al ámbito global y a las relaciones entre Estados. Lenin apunta a “que el capitalismo comenzó a sentirse limitado dentro de los viejos Estados...se ha convertido en el más grande opresor de las naciones.” El tránsito hacia el desarrollo, teóricamente posible, es en realidad difícilmente realizable por falta de medios, de conocimientos, el endeudamiento y la falta de excedentes de capital.

Los Estados dominantes se apropian de la plusvalía, esto es de la diferencia entre el costo de producción, relativamente bajo y sustentado sobre la materia prima, y el importe de su venta, independiente de aquel y fijado por los intereses de los dominadores.

Simultáneamente, las multinacionales, emporios supraestatales se sirven de los resquicios que les proporciona la fragmentación legal de la superficie del planeta de modo que, aun obteniendo beneficios en términos globales, al amparo de aquella, cierran las factorías ubicadas en las áreas que dejan de serles rentables y mantienen las que sí lo son, con lo que maximizan sus beneficios.

Y esto es así porque si en los Estados occidentales se ha generado un marco regulatorio y un sistema de protección que garantiza la estabilidad social, el Estado de Bienestar, en la esfera internacional ese marco no existe, más allá de una declaración de buenas intenciones que además puede obviarse fácilmente, por lo que muchas empresas prefieren el mercado internacional al nacional por el rango de los márgenes de beneficios.

De este modo, Estados que se muestran rigurosos en la promoción y desarrollo de los derechos humanos comercian con otros a los que, para ser competitivos, fuerzan a pagar bajos salarios, contratar a niños....al tiempo que condenan formalmente tales prácticas y fingen establecer reglas para prevenirlas; son, además, sociedades que rechazan la emigración – con la que tendrían que compartir el Estado del Bienestar - pero que proponen el envío de colaboradores a los países que la generan.

Como afirma Ignatieff, la cultura visual “moraliza las relaciones del que sufre con el que mira como si se tratara de un momento de empatía eterno ajeno a la historia...visto así, la caridad es una forma de olvido, una reproducción de la amnesia que sufre Occidente.”

Todo ello tiene como consecuencia una doble moral que separa lo formal y lo real y con la paradoja de que, en términos globales, quienes tienen los recursos naturales son los dominados y no los dominadores. De hecho, son precisamente este tipo de contradicciones y la mayor recurrencia de las crisis que se derivan las que, a juicio de distintos autores, llevarán el fin de estas fórmulas de dominación.

Éste es un lenguaje de impugnación fundamentado en un reduccionismo que permite compactar las ideas a costa de limitar su desarrollo. Pero que una aproximación resulte, en ocasiones, demasiado sesgada no quiere significar que sea falsa, de la misma manera que el fracaso del modelo soviético no implica la nulidad de todos sus postulados.

Obviamente, se debe ser pragmático en el análisis. Todas esas cuestiones deben tenerse en cuenta como factores polemológicos relevantes. Las ideologías (y el concepto de pertenencia a una Civilización no deja de ser una ideología) siguen teniendo relevancia como causa de conflictos.

Conclusiones

La diferencia permite el establecimiento de las condiciones objetivas que hacen posible el surgimiento de los conflictos, esto es la existencia del otro, por el que se siente curiosidad primero, desconfianza después y finalmente odio. Existe reconocimiento pero no alteridad, por eso las grandes luchas se establecen entre grupos humanos entre los que existen diferencias menores.

La mayor parte de los conflictos no se dan entre civilizaciones, sociedades, etnias (la SGM, por ejemplo) o culturas sino en el interior de las mismas. El mayor número de muertos consecuencia del radicalismo islámico, ya se ha dicho, se produce entre los propios musulmanes.

De hecho, la antropología ha encontrado múltiples casos de acusaciones de antropofagia entre culturas. De ello acusaban a los españoles durante la conquista de América, pero también a los europeos durante la colonización de África en el XIX, confirmándose una

vez más, el dictum de Teilhard de Chardín, “en el fondo de todo conflicto yace un problema de ignorancia.”

Sobre la diferencia se cimientan las identidades lo que permite un agrupamiento que, a su vez, facilita la movilización de grandes masas humanas de un modo sencillo. Basta generar un discurso con un motivo habilitante de naturaleza trascendente; de este modo se consigue simultáneamente movilización y justificación. La diferencia no es la causa, sino el medio para instrumentar otros propósitos, por más que permita levantar a una comunidad en vez de a un hombre sólo, pues es un recurso fácil a la hora de construir los discursos.

La diferencia sirve a la dinamización de los conflictos, a su vertebración. Con la diferencia se apela a la razón pero también al elemento irracional, al yo colectivo del grupo. De este modo se utiliza para alimentar el imaginario del que beben los discursos y de pivote a los saltos argumentales que indefectiblemente les acompañan y son manifiesta expresión de su carácter voluntarista y dimensión irracional. Premisas y discursos constituyen un todo sustancial para la comprensión del conflicto.

Los problemas son otros. Un magnífico ejemplo lo brinda la Revuelta de la Sémola ocurrida en Argelia a finales de la década de los ochenta, citando a Goytisoló

“Los mercados de capitales, hasta ahora generosamente abiertos para Argelia se cerraron de golpe. La población había pasado entretanto de 11 a 25 millones de habitantes; las grandes empresas públicas funcionaban a un 30% de su capacidad; pese al gran número de subvencionados en paro técnico, la cifra de desempleados, en su mayoría jóvenes, alcanzaba el 20 y hoy el 25 de la población activa. Al final de los ochenta, todo parece conjugarse para llevar al país a la parálisis tras veinte años de endeudamiento y despilfarro cien mil millones de dólares enterrados en inmensos cementerios industriales. El pago de los intereses de la deuda de 26.000 millones de dólares absorbe el 80% de los beneficios de la venta de hidrocarburos, los inversores extranjeros evitan un país inestable y sujeto a las trabas de una burocracia incompetente y corrupta; la escasez, la subida vertiginosa del precio de los bienes de consumo (...) En los últimos años la renta per cápita cae de 2.700 dólares a 1.400. en tanto que la agricultura marroquí asegura el 70% del consumo nacional, la argelina cubre menos del 2% del mismo (...) La masa de jóvenes desocupados - hittistas o aguntaparedes- (...) Su marginación y odio irreductible al sistema los convertirá fatalmente en la base aguerrida

y vengadora del FIS (...) Subvencionados por Arabia Saudí hasta su vacilante apoyo a Sadam Hussein impuesto por las bases (...) el islamismo deviene, así, en el común denominador identificatorio de todos los marginados (...) Como los comunistas de las pasadas décadas, recoge los frutos de las frustraciones sociales y el sentimiento de injusticia acumulado (...).”

La solución pasa por reconstruir la comunidad, esto es, por deshacer los planos que sirven para escenificar la diferencia, evitando una polarización que contribuya a la construcción de las categorías amigo enemigo en torno a ella, resaltar lo común y respetar lo diverso, no ver en el diferente a un enemigo. El reduccionismo, la simplificación, la dicotomía, no son acertadas... ni siquiera inteligentes: ¿Qué hay de bueno en pretender ser enemigo de 1.200 millones de musulmanes? Recordando un célebre discurso de Huari Bumedián:

“las experiencias humanas en numerosas regiones del mundo han demostrado que los vínculos espirituales, tanto si son islámicos como cristianos, no han podido resistir las embestidas de la pobreza y de la ignorancia, por la sencilla razón de que los hombres no quieren ir al paraíso con el estómago vacío. Esa es la cuestión de fondo. Un pueblo que tiene hambre no necesita escuchar versículos. Lo digo con todo el respeto que tengo al Corán que aprendí cuando tenía diez años. Los pueblos que tienen hambre necesitan pan, los pueblos ignorantes saber, los pueblos enfermos hospitales.”

El problema, ya lo definía Sartre: “el otro no es nunca el desarrollo de mi libertad, sino obstáculo. El infierno son los otros y contra esto no hay solución alguna”. Hay pues un problema de desconfianza, de seguridad.

*Federico Aznar Fernández-Montesinos
Analista del IEEE*